

## UN PASO HACIA JESÚS

*La amenazaron, amarraron y golpearon, pero ella se mantuvo firme en su fe.*

**Enero, 17** Ester Lipscomb

Las sogas le hacían sangrar las muñecas a Bien cada vez que forcejeaba para librarse. Sus hermanos la habían atado a la pequeña embarcación antes de salir a comprar gasolina para el motor. Planeaban llevarla a una isleta donde vivía su abuela para impedir que siguiera asistiendo a la iglesia que ellos llamaban de los herejes. Ella sabía que le quedaba poco tiempo, por eso forcejeaba para liberar sus manos. Finalmente logró soltarse un brazo, pero no pudo deshacer los nudos que le sujetaban el otro. Entonces pidió auxilio a unos amigos y ellos vinieron rápidamente y desataron las cuerdas que la sujetaban. Con esfuerzo logró ponerse de pie y se fugó con sus amigos antes que sus hermanos regresaran.

### Una hija testaruda

Mientras se escabullían por las calles del pueblo, la joven de 14 años llamada Bien les explicó que su familia se había enojado porque ella había asistido a la iglesia adventista y sus hermanos trataban de obligarla a ir a la isla donde vivía su abuela para mantenerla lejos de la iglesia.

—¿Por qué no dejas de ir a la iglesia? —le preguntó uno de sus amigos—. ¿Valdrá la pena pasar tantos problemas por esa causa?

—No es solamente la iglesia —explicó Bien—. He aprendido que Dios me ama, que Jesús murió por mí y que él desea que lo siga. Quiero ser su hija, aunque eso signifique perder a mi pro-

pia familia.

—¿Adónde podrías ir para estar segura? —preguntó otra chica.

—A la casa del pastor —dijo Bien, señalando el camino. Cuando el pequeño grupo llegó a la casa del pastor, Bien les agradeció a sus amigos y les pidió que no le dijeran a sus padres donde se ocultaba. Luego entró.

Bien le contó al pastor y a su esposa lo sucedido y ellos accedieron a que permaneciera en su hogar por algún tiempo. Bien estaba agradecida por tener un lugar donde hospedarse. Pero tres días después la mamá de Bien tocó a la puerta del pastor. Bien luchó con sus temores y acompañó valientemente al pastor hasta la puerta.

Cuando el pastor abrió la puerta, la mamá de Bien se abalanzó sobre su hija, tomándola por el cabello. Trató de llevar a Bien a rastras de la casa.

«¡Deténgase!», dijo la esposa del pastor. «No se la puede llevar.». La mamá de Bien la soltó y encaró a la esposa del pastor. «Estamos preocupados por ella», siguió diciendo la esposa del pastor. «¿Podemos hablar?» La mamá de Bien, finalmente, accedió a irse sin su hija, pero se fue bajo la promesa de que el pastor la llevaría a casa más tarde.

Después que se hubo ido la mamá de Bien, el pastor y su esposa se sentaron a conversar con la muchacha. «¿Quieres regresar a casa?», le preguntaron. Bien pensó un minuto luego sacudió la cabeza. «Tengo miedo», murmuró tímidamente.



«Iremos contigo y nos quedaremos hasta arreglar la situación», dijo el pastor, y Bien accedió con la cabeza. Sabía que no podía quedarse con el pastor para siempre.

## Enfrentando al miedo

Bien temblaba a medida que ella y el pastor se acercaban a la casa de sus padres. Cuando entraron a la casa, el pastor notó que se habían calmado bastante, por eso cuando pidieron hablar en privado con Bien, el papá accedió. Después que el pastor se fue, los padres de Bien la miraron fijamente y su corazón empezó a palpar con rapidez. Luego brotaron las palabras.

«No nos sirves de nada y te has convertido en un problema para nosotros», le dijo su papá. «No queremos tenerte cerca de nosotros, pero tampoco queremos que estés con los adventistas. Vas a ir a vivir con tu abuela donde no hay ni un adventista».

Bien se esforzó por ocultar el miedo, pero decididamente no quería ir a vivir con su abuela. Deseaba continuar sus estudios, lo cual sería imposible en aquella isla. Se negaba a separarse de las personas de la iglesia que oraban por ella, la animaban y le mostraban el verdadero amor. Cuando sus padres se dieron cuenta que ella se opondría a sus esfuerzos, llevaron toda su ropa, sus artículos personales y sus útiles escolares a la casa de su abuela, dejándola sin nada.

Finalmente, Bien regresó a la casa del pastor. En el día de su cumpleaños le pidió ropa prestada a una amiga para ir a la escuela, pero luego se dio cuenta que no tenía sus libros de texto y no podía asistir a la escuela sin ellos. Así que consiguió trabajo con alguien de la iglesia. Estaba muy triste de no poder terminar sus estudios.

Siguió asistiendo a la iglesia y estu-

diando su Biblia. Después de una serie de evangelismo, pidió ser bautizada.

## Una bendición inesperada

La familia que había patrocinado la serie de evangelismo se enteró de la situación de Bien y visitó a sus padres. Le ofrecieron llevarse a la niña a la academia adventista de la isla de Palawan y le ofrecieron pagar sus estudios. Imagínense el gozo que experimentó Bien al saber que sus padres dieron el permiso para que se fuera.

Bien nunca antes había estado tan lejos de su hogar y el solo pensarlo le daba miedo. Pero aseguró al pastor que le encantaría estudiar en la escuela adventista. Recordaba una y otra vez que su oración para continuar sus estudios había sido contestada. Empacó sus pocas pertenencias y partió hacia la escuela adventista.

La directora llevó a Bien con ella, a su propio hogar, y le dio trabajo para que pudiera ganar dinero para sus necesidades. «Dios me ha bendecido tanto al poner personas que se preocupan por mí», dice Bien. «¡Me siento feliz de haber regresado a la escuela! La academia ha llegado a ser mi albergue y refugio. Cuando termine mi secundaria quiero ayudar a otros que tienen problemas similares, como me ayudaron a mí. Quiero defender lo que es correcto y mantenerme firme en la verdad».

Bien nos pide que oremos por su familia —sus padres y nueve hermanos y hermanas—, que todavía no conocen a Jesús como ella.

Sigamos apoyando fielmente a las misiones para que otras personas en las Filipinas y en el mundo entero lleguen a conocer que Jesús no sólo es su Salvador sino también su amigo y hermano.